

## La mujer japonesa\*

Las geishas son cerezos de abril cuyas flores vuelan a todos los vientos.  
Kaibara

Cuando te cases, pintarás de negro tu dentadura y rasurarás tus cejas...  
Murasaki Shikibu

Tres documentos se tuvieron presentes en México, durante largos años, para juzgar al pueblo japonés: el tabor, el biombo y la “Crisantema” de Pierre Loti... Con tales documentos, nuestra noción del pueblo maravilloso era muy semejante a la que de los mexicanos se tiene todavía en el extranjero: el tocado de plumas, el cuerpo desnudo y embijado y el “tentl” de obsidiana, chispeando entre el labio perforado.

Se llegó a saber en México que el japonés más ilustre fumaba opio, comía ratones y usaba trenza como el chino que lavaba la ropa, y todo deducido del biombo de brocado y del tabor de kaolín... Entre el John Chinaman más hediondo y degenerado y el emperador Taiko-Sama, no había para el vulgo diferencia...

Después, la “Señora Crisantema” de Loti, con su insoportable gofirismo y su falsedad absoluta, nos enseñó a desdeñar al pueblo épico, sabio y esteta, en todo aquello que no fuera la fabricación de faroles de papel, biombos y transparentes de bambú.

---

\* José Juan Tablada, “La mujer japonesa”, *El Mundo Ilustrado* (16 de abril de 1905), [s. p.]

A mi regreso del país japonés fueron legión los que me preguntaron, con el tono de un ateniense del tiempo de Pericles, informándose acerca de los melámpodos:

—¿Y estarán los japoneses tan civilizados como nosotros...?

Esa pregunta del orgullo y de la ignorancia, insinuaba en mí una profunda tristeza... Para bien de mi patria, sólo hubiera querido contestar: “¡Nosotros lo estamos tanto como ellos!”.

Hoy, los episodios de la gloriosa epopeya nipona han arrebatado como un trofeo, más valioso que todas las indemnizaciones de guerra, el respeto de la humanidad para la gran nación. Hoy, admirar al Japón es un esnobismo. Yo bendigo al hado, al “Kami” iniciador y propicio que hace muchos años, una tarde otoñal de mi niñez, puso un libro de la “Mangwa” en mis manos, y a través de Okusai y de la poética Ono-no-Komati, antes de Togo de Oyama, me hizo consagrar el más ferviente amor de mi alma al divino y mágico país...

\*  
\* \*

Pero si los guerreros nipones, descendientes de los feudales samurái que hicieron de su vida nacional una vasta y sonora epopeya, se nos presentan ya tales como son, bravos, heroicos, justificando la fiera frase del emperador Yeyás: “La espada es el alma del samurái”, consumando hazañas que

fueron fábulas en los libros de caballerías occidentales, la mujer japonesa, la delicada hara-musumé, sigue acurrucada en las mentirosas páginas de Loti, como animal gracioso, pasivo y egoísta...

El ilustre escritor, que quizá bajó a tierra mientras su buque carboneaba, no halló más sederos que aquellos en que se habían impreso ya las huellas del marinero en huelga y del agente viajero... En pleno Japón continuó obsesionado por el tabor y el biombo...

\*  
\*   \*   \*

Un inglés, empedernido “globe-trotter”, contaba una vez en mi presencia que, después de haber recorrido todo el mundo, se había casado en el Japón porque, tras de maduro examen, se había persuadido de que si existía una mujer capaz de reunir todas las condiciones para ser una buena esposa, esa mujer era la japonesa, y nos refería cómo la musumé realiza esa rara perfección.

Sin entrar en tan trascendental análisis, todo el que haya tenido la fortuna de vivir en el “Flowly Kingdom” ha de recordar con deleite el encanto rítmico y silencioso, la hermética coquetería y la gracia sutil y refinada de la musumé.

Verá, a través del humo de incienso con que el recuerdo perfuma y vela los íntimos episodios de una vida, a la frágil y delicada mujer con la eterna sonrisa de su ritual de amor,

tañendo el “samisén” al caer la tarde, cuando en los altos pinos, las cícadas han adormecido su rumor. Habrá de verla en las ocupaciones domésticas, preparando el té junto al breve brasero, el “jibashi”, haciendo bruñir el casco de ébano de su caballería corvina, frente al tocador de muñecas, o quemando en un pebetero de Kutani el kozen, el aromado incienso bajo el altar de los “Kamis”... La verá pasar sonriente en el raudo kuruma, tirado por un atleta que por su agilidad y su color moreno parece un bronce gladiatorio de Policleto, yendo al parque de Uyeno, a los baños de mar de Homoku o a la fiesta otoñal de los crisantemos en Dango-Saka...

Recordará dilectamente los nombres armoniosos y poéticamente sugestivos, los “yobina” o nombres de mujer: Kaorú-San: la fragante; O-Ai: Amor; O-Yuri: Azucena; O-Tazu: cigüeña de arrozal; O-Cho: mariposa; Murasakí Sama: Púrpura; O-Fuji: flor de Wistaria; Utako: poema; O-Banka: niebla vespertina...

Escuchará, viniendo de una tarde remota, bajo los cerezos floridos de una casa de té, el delicioso cantar, lleno de amor escondido y silencioso:

La manga de mi vestido  
Que el llanto llegó a empapar,  
Contempló un desconocido  
Y ¡ay de mí! No he conseguido  
¡Que tú me vieras llorar!...

Y en sus trajes de aparato, en sus deliciosos kimonos bordados y floridos, la teoría que el recuerdo hizo surgir, se desvanecerá en el misterio de lo que fue.

Tengo abierto ante mí un álbum en que el grabado japonés, con su deliciosa cromatización, reproduce los 12 trajes de que el *trousseau* de una novia se debe componer: un traje azul bordado de tallos de jazmín y de bambúes para el mes primero; otro, verde mar con flores de cerezo; otro, rojo con ramas de sauz; otro, violeta bordado de amarillas flores de matricaria; otro, púrpura, sembrado de caracteres que relatan los rigores del invierno...

Pero no es la música suave y recatada la que más se atavía con esos esplendores: más bien hay que ver en la geisha o en la hierática "oiran" esas pompas de indumentaria.

Como la musumé por la dulzura, por las virtudes domésticas y por la ingenua coquetería, la "oiran" y la geisha, "bellezas profesionales", triunfan por la ostentosa hermosura y el sutil arte de agradar, que forman un profundo y elaborado código amoroso. "La mujer debe siempre sonreír al hombre". "La palabra de las geishas es melodiosa y pérfida", dicen los cantores de las "Casas Verdes", y entre sus máximas de amor frívolo y venal surge a veces un hondo sollozo, que cuenta el impulso hacia la ilusión y el triste regreso tras del desengaño.

“Las mujeres parten sobre una quimera alada y vuelven sobre las rodillas”...

Pero por precepto del código galante, una geisha no deja ver al hombre su alma afligida, y es más fácil ver lucir una perla submarina o un diamante bajo tierra que ver llorar a una japonesa. Los transportes de la pena o de la alegría que desarmonizan la figura humana están proscritos por la etiqueta del Japón, normada, como la vida toda de ese país armonioso, por inflexibles principios estéticos.

La “odori”, la bailarina profesional, es la compañera de la geisha; en uno de nuestros grabados tres bailarinas miman la actitud ritual de la triada de simios sagrados, haciendo con su muda comedia un juego de ideas y de palabras no traducibles en castellano.

El teatro japonés tiene grandes semejanzas con el griego, en su forma esencial y en sus detalles, y el baile evoca asimismo esas figuras aéreas y ondulantes de las cráteras y de los aríbalos. El baile nipón, aunque es la justa transición entre las artes de reposo y las de movimiento, tiene más de estético que de dinámico. Como todos los bailes, tiene un sentido genésico, es un simulacro amoroso: pero menos grosero que el baile occidental, no es por parejas de hombre y mujer sino por mujeres solas que exalten el “gesto secular” a la magnitud de un símbolo. Rusiñol, el pintor y el poeta, ha dicho que un jardín es un paisaje puesto en verso, y así

podría decirse que la geisha es la más alta expresión estética del encanto de la mujer...

Pero no hay que ir al hierático Yoshivara o a la risueña casa de té para sentir la rara e insinuante gracia, la exquisita feminidad de la mujer japonesa. La criada de una hostería rural, la paisana que refleja su imagen al inclinarse sobre el arrozal inundado, tienen su agreste encanto y su perfume florestal.

En todas partes la musumé es encantadora, flor de aire libre y de refinamiento palatino, vibrante cigarra o áureo faisán.

Es buena, es infinitamente dulce, tranquila y delicada, y como el samurái, cubierto de negros hierros es la suma expresión del oscuro soldado, la geisha, la "oiran" aparatosa, suntuosa, hierática, es la expresión estética de la musumé, es la flor espléndida de un jardín de amores seculares, de hondos poemas, de toda una vida galante apasionada y romántica, y la expresa en su inmovilidad estatuaria de ídolo, en su misterio esotérico de esfinge...

Y por eso tal vez ama hondamente y no vierte una lágrima, y tiene los labios dorados y no sabe besar...

México, 1905.

*José Juan Tablada*